

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Pedro Kropotkin

El despertar de los años 1856-1862

Augusto Comte había fracasado cuando abordó el estudio de las sociedades humanas y de sus instituciones, así como el del principio moral. Sin embargo, no hay que olvidar que escribió su *Filosofía y Política positivas* mucho antes de estos años 1856-62, que ensancharon el horizonte de la ciencia y elevaron rápidamente el nivel de las concepciones generales de todo hombre educado.

Las obras referentes á las diversas ramas de las ciencias que aparecieron en el curso de estos cinco ó seis años, efectuaron una revolución tan completa en todos nuestros conocimientos de la naturaleza, de la vida general y la vida de las sociedades humanas, como jamás se había visto en la historia de las ciencias desde hacía veinte siglos.

Lo que los enciclopedistas habían tan sólo entrevisto, ó mejor, sentido; lo que los mejores espíritus del siglo XIX aclararon con tanto trabajo, aparecía de pronto con toda la fuerza del saber. El todo, tan completamente y tan bien elaborado por el método inductivo-deductivo de las ciencias naturales, que todo otro método de investigación resultó de golpe incompleto, falso é inútil.

Detengámonos un momento en estos resultados, para poder apreciar mejor la

siguiente tentativa de filosofía sintética que fué hecha por Herbert Spencer.

Grove, Clausius, Helmholtz, Joule y toda una falange de físicos y de astrónomos, así como Kirchhoff, que con su descubrimiento espectral nos permitió reconocer la constitución química de las estrellas, es decir, de los soles más lejanos, establecieron de golpe, á fines del año cincuenta, la unidad de la naturaleza en todo el mundo inorgánico. Desde entonces, hablar de «flúidos» misteriosos: calórico, magnético, eléctrico, fué ya imposible. Probado quedó que los movimientos mecánicos de las moléculas, los que descubrimos en las vibraciones de una campana ó de una hoja de metal, bastan para explicar todos los fenómenos físicos: el calor, la luz, el sonido, la electricidad, el magnetismo.

Más aún; estas medidas, estos movimientos, podemos medirlos, pesar su energía, del mismo modo que medimos la energía de una piedra que cae ó de un tren en movimiento. La física se convirtió en una rama de la mecánica.

Quedó demostrado, además, que en los cuerpos celestes más alejados de nosotros, aun en los innumerables soles que aparecen en cantidad insondable en la vía láctea, se hallan absolutamente los mismos cuerpos simples químicos que

conocemos sobre nuestra Tierra y que en ellos se producen absolutamente las mismas vibraciones de moléculas, con los mismos resultados físicos y químicos que en nuestro planeta. Hasta los mismos movimientos de los cuerpos celestes macizos que recorren el espacio, según la ley de la gravitación universal, no son más, según toda probabilidad, que resultantes de todas estas vibraciones que se transmiten á billones y trillones de miriámetros en el espacio interestelar del universo.

Estas mismas vibraciones calóricas y eléctricas bastan para explicar todos los fenómenos químicos. La química no es aún más que un capítulo de la mecánica molecular. Y la misma vida de las plantas y de los animales, en todas sus innumerables manifestaciones, no es más que un cambio de moléculas (ó mejor, de átomos) en esta varia serie de cuerpos químicos, muy complicados, y, por consiguiente, muy inestables, de que se componen los tejidos vivientes de todos los seres animados. La vida no es más que una serie de descomposiciones y recomposiciones químicas dentro de moléculas muy complejas: una serie de fermentaciones debidas á fermentos químicos, inorgánicos.

Además, en esta misma época se comprendió (para quedar mejor reconocido y probado en el curso de los años 1890-1900) como la vida de las células del sistema nervioso y su capacidad de transmitir de una á otra cada irritación, nos dan una explicación *mecánica* de la transmisión de irritaciones en las plantas, así como de la vida nerviosa de los animales. Después de éstas investigaciones podemos claramente comprender, sin salirnos del dominio de las observaciones puramente fisiológicas, cómo las imágenes y las impresiones en general se graban en nuestro cerebro, cómo obran unas sobre otras y cómo dan origen á las concepciones, á las ideas.

Hasta podemos actualmente concebir la asociación de las ideas (cada impresión provocando impresiones producidas con anterioridad) y consiguientemente, hasta el mecanismo del pensamiento.

Evidentemente, estamos aún infinitamente lejos de haberlo descubierto *todo* en esta dirección y muchísimo nos queda por descubrir. La ciencia, libertada á penas de la metafísica que la ahogaba, no hace más que abordar únicamente el estudio de este inmenso dominio: la psicología física. Pero la base está echada. Queda ya establecido un punto sólido para las investigaciones ulteriores. La antigua división en dos dominios absolutamente separados, que intentó establecer el filósofo alemán Kant: el dominio de los fenómenos que nosotros exploramos, según él, «en el tiempo y en el espacio» (el dominio físico) y el que sólo podía ser explorable «en el tiempo» (el dominio de los fenómenos del espíritu), esta división desaparece hoy por completo. Y á la pregunta que un día formuló el profesor materialista ruso Sechenov: «¿dónde relacionar y cómo estudiar la psicología?», puede ya responderse sin titubear: «Á la fisiología y por el método fisiológico.» En efecto, las recientes investigaciones de los fisiólogos han arrojado más luz sobre el mecanismo del pensamiento, sobre el origen de las impresiones y sobre su fijación en la memoria y su transmisión, que todas las sutiles discusiones con que hasta entonces nos entretuvieron los metafísicos.

Así en esta misma fortaleza, que le pertenecía sin contestación posible, la metafísica ha quedado derrotada. Este dominio de la psicología, sobre el cual se consideraba invencible, ha quedado invadido por las ciencias naturales y por la filosofía materialista que hacen adelantar nuestro *saber* en esta rama con una rapidez antes desconocida.

Sin embargo, entre las obras que aparecieron durante estos mismos cinco ó

seis años, una hubo que debía eclipsar á todas las demás: *El origen de las especies*, de Carlos Darwin.

Buffon en el siglo pasado y Lamarck en la frontera de los dos siglos, ya se habían decidido á afirmar que las diferentes especies de plantas y de animales que nosotros encontramos sobre la tierra no representaban formas inmutables. Son variables y varían continuamente bajo la influencia de los medios. La misma semejanza de familia que se observa entre diversas especies pertenecientes á tal ó cual grupo, ¿acaso no prueba, decían, que estas especies descienden de antepasados comunes? Así las diversas especies de renóculos que encontramos en nuestras praderas y en nuestros pantanos, deben ser los descendientes de una misma y única especie de antepasados, descendientes que se han diversificado á consecuencia de una serie de variaciones y de adaptaciones sufridas en sus diversas circunstancias de existencia. Del mismo modo las especies actuales de lobo, perro, chacal, zorro, antes no existían; en su lugar había una especie de animales que en el curso de las edades dió origen á los lobos y á los perros, á los chacales y á los zorros.

Pero en el siglo XVIII no se podía aventurarse mucho en profesar semejantes herejías. Por mucho menos que esto, Buffon fué amenazado por el tribunal de la Iglesia y tuvo que retractarse. En aquella época la Iglesia era aún muy poderosa y el naturalista que osaba sostener herejías desagradables á los obispos veíase amenazado con la cárcel, con la tortura ó con el manicomio. Por esto los «herejes» hablaban con suma prudencia. Pero, actualmente, Darwin y Wallace osaron afirmar abiertamente la misma herejía y Darwin tuvo aún el valor de añadir que hasta el mismo hombre se había desarrollado por medio de una lenta evolución fisiológica, que sacaba su origen de una especie de animales

parecidos á los monos, que «el espíritu inmortal» y «el alma moral» del hombre se habían desarrollado del mismo modo que el espíritu y las costumbres sociales de un chimpancé y de una hormiga.

Sabido es cuantos rayos cayeron sobre la cabeza de Darwin y especialmente, sobre la de su animoso, sabio é inteligente apóstol Huxley, que subrayaba las conclusiones del darwinismo que tanto espantaban á los sacerdotes de todas las religiones.

La lucha fué terrible, pero los darwinistas salieron vencedores. Y desde entonces una nueva ciencia, la biología, la ciencia de la vida en todas sus manifestaciones, ha ido creciendo ante nuestras miradas.

La obra de Darwin dió, al propio tiempo, una nueva clave y un nuevo método de investigación para la comprensión de toda clase de fenómenos, tanto en la vida de la materia física como en la de los organismos y en la de las sociedades. La idea de un Desarrollo continuo, es decir, de la Evolución, y de una Adaptación gradual de los seres y de las sociedades á las nuevas condiciones á medida que éstas se modifican, esta idea halló una aplicación infinitamente más amplia que la de explicar el origen de especies nuevas. Cuando se aplicó al estudio de la naturaleza en general, así como al estudio de los hombres y de sus instituciones sociales, abrió nuevos horizontes y dió la posibilidad de explicar los hechos más incomprensibles en el dominio de todas las ramas del saber.

Basándose sobre este principio, tan rico en consecuencias, fué posible reconstituir la historia de los organismos y la historia de las instituciones. La biología, en manos de Spencer, nos demostró cómo todas las especies de plantas y de animales que habitan nuestro globo, han podido irse desarrollando partiendo de algunos organismos muy simples que

al principio poblaban la tierra, y Haeckel pudo trazar el esbozo de un árbol genealógico probable de las diferentes clases de animales, hombre inclusive. Esto era ya inmenso, pero así mismo se hizo posible sentar los primeros cimientos seguros, científicos, de la historia de las costumbres, de los usos, de las creencias y de las instituciones humanas, de lo cual carecían en absoluto el siglo XVIII y Augusto Comte. Actualmente podemos escribir esta historia sin recurrir á las fórmulas metafísicas de Hegel y sin detenernos en las «ideas innatas», ó en las inspiraciones exteriores, ó en las «substancias» de Kant. En una palabra, podemos hacerla sin tener necesidad de las fórmulas que soplaban la muerte sobre el espíritu de investigación, y detrás de las cuales, como detrás de las nubes, se ocultaba la misma ignorancia de siempre, la vieja superstición, la misma fe ciega.

Ayudada por los trabajos de los naturalistas, de un lado, y por otro de la obra de Enrique Maine y de sus continuadores que aplicaron el método inductivo al estudio de las instituciones primitivas y de las leyes á qué dieron origen, la historia del desarrollo de las instituciones humanas, pudo sentarse, durante estos últimos treinta años, sobre una base tan sólida como la de la historia del desarrollo de no importa que especie de plantas ó de animales.

No hay duda que hubiera sido injusto olvidar el trabajo efectuado ya desde los años treinta del siglo XIX por la escuela de Agustín Thierry en Francia y la de Maurer y de los «germanistas» en Alemania, de la que en Rusia fueron continuadores Kortomarov, Belayeff y muchos otros. El método de la evolución fué ciertamente aplicado antes, después los enciclopedistas, al estudio de las costumbres y de las instituciones y al de las lenguas. Pero no fué posible obtener resultados correctos y científicos sino

cuando el sabio aprendió á considerar los hechos acumulados como el naturalista considera el desarrollo gradual de los órganos de una planta ó el de una nueva especie.

Las fórmulas metafísicas ayudaban, sin duda, en su tiempo, á hacer algunas generalizaciones aproximadas. Despertaban el pensamiento atontado, lo agitaban con sus vagas indicaciones sobre la unidad y la vida de la naturaleza... En una época de reacción como la de las primeras décadas del siglo XIX, en que las generalizaciones inductivas de los enciclopedistas y de sus antecesores ingleses y escoceses comenzaban á olvidarse; en una época en que, sobre todo, precisaba valor moral para hablar, en presencia del misticismo triunfante, de la unidad de la naturaleza física y de la naturaleza «espiritual» — y este valor faltó á los filósofos — no hay duda que la metafísica nebulosa de los alemanes sostenía el gusto de las generalizaciones.

Pero las generalizaciones de aquella época — establecidas, sea por el método dialéctico, sea por una inducción semi-consciente, — eran de una vaguedad desesperadora. En el fondo, las primeras estaban basadas sobre afirmaciones bien cándidas, parecidas á las que hacían algunos Griegos de la antigüedad, cuando afirmaban que los planetas debían correr por el espacio trazando círculos, porque el círculo es la más perfecta de las curvas. La candidez de estas afirmaciones y la ausencia de pruebas se ocultaban generalmente detrás de raciocinios vagos y de palabras nebulosas, con estilo brumoso y grotesco. Tocante á las segundas generalizaciones de aquella época, nacidas de una inducción semi-consciente, estaban siempre fabricadas sobre un círculo de observaciones en extremo limitadas, como estas generalizaciones muy amplias y mal fundadas de Weissmann, que recientemente metieron tanto ruido. Siendo inconsciente

la inducción, se exageraba fácilmente el valor de aquellas generalizaciones hipotéticas y se las representaba como *leyes* indiscutibles, cuando, en el fondo, no pasaban de suposiciones, de hipótesis, de generalizaciones en embrión, que era necesario someter á una comprobación elemental de los hechos.

En fin, todas aquellas generalizaciones eran expresadas por medio de formas tan abstractas y tan nebulosas, — como «la tesis, la antítesis y la síntesis», de Hegel, — que dejaban el campo libre á

todo lo arbitrario cuando se llegaba á las conclusiones prácticas, de modo, que lo mismo podía deducirse — lo cual sucedió — el espíritu revolucionario de Bakunin, con la revolución de Dresde, que el jacobinismo revolucionario de Marx y la «sanción de lo existente», que á tantos autores condujo á «la paz con la realidad», es decir, á la glorificación de la autocracia, sin hablar de estos innumerables errores económicos en que vimos caer recientemente á los «marxistas» rusos.

Enrique Ferri

El Socialismo y los Delincuentes

Hay en el socialismo una parte de doctrinas exclusivamente económicas y éstas se han desarrollado por completo en sus líneas fundamentales, sobre todo en su parte crítica é histórica.

Pero el socialismo representa también toda una nueva corriente de ideas científicas, no tan sólo en el campo económico, sino en el orden moral, intelectual, jurídico, artístico y político.

Y como ninguna ciencia nace completa y perfecta de manos del que la inicia, así el socialismo, si bien colocado en el terreno científico y positivo por obra de Carlos Marx, necesita renovar parte de las opiniones comunes y costumbres mentales.

Una parte de éstas, y muy importantísima, concierne al modo de juzgar á los delincuentes. Que los autores de un delito político, sea solamente de pensamiento ó sea que se acompañe de una forma de delito común, como el homicidio, no deben ser castigados y tratados como los delincuentes comunes, es un sentimiento ya tradicional en los italianos considerarlo así. Las conspiraciones, las publicaciones, los mismos atentados (Orsini, Agesilao Milano, Oberdan, etc.),

que durante más de medio siglo bañaron de sangre y de martirio la epopeya de la independencia patria, han enseñado y enseñan aún en las escuelas italianas, que los autores de un delito político, ó sea, determinado por un objetivo político, aunque sea equivocado é ilusorio, no han de ser confundidos con los asesinos, los ladrones y los estupradores comunes.

Pero cuando se hallan en presencia de algún delito común, como por ejemplo, un asesinato por venganza, una madre que tortura á sus hijos, un estuprador con violencia, etc., los mismos socialistas persisten aún en el viejo modo de pensar é invocan los rigores de la justicia penal y los tormentos de la prisión celular y algunos llegan hasta á pedir la pena de muerte.

Es necesario, al contrario, que los socialistas se persuadan de aquellas verdades científicas que no tendrán relaciones directas con nuestra doctrina económica ó política, pero que concurren, sin embargo, á la renovación de la conciencia humana, emancipándola de los prejuicios medioevales.

No hace aun medio siglo que un mé-

dico alemán, Heinroth, repetía en un libro suyo publicado en 1805, el prejuicio antiguo de que la locura no es una enfermedad como las demás, enfermedad que ataca al cerebro como la pulmonía ataca los pulmones, sino que es el efecto del pecado y de la maldad individual. Á consecuencia de este prejuicio se trataba á los locos como si fuesen pecadores y malvados y se les cargaba de cadenas, se les torturaba, etc.

Actualmente, ilustrada por la ciencia, la pública opinión siente compasión por los locos y no les odia ni les persigue como si fuesen malvados, aunque incendien ó asesinen, pero esta misma opinión pública continúa odiando y persiguiendo á los delincuentes que no presentan una forma *evidente* de locura, por el prejuicio de que el delito depende en estos casos de la voluntad perversa y malvada del individuo...

Y los legisladores y los jueces y los carceleros—de buena fé, como los directores de los manicomios, ochenta años hace,—cargan de cadenas ó sepultan vivos en las prisiones celulares á los asesinos, á los estupradores, etc.

Y sin embargo, la ciencia moderna ha demostrado que ser delincuente es también una enfermedad como otra cualquiera, congénita ó adquirida, ó permanente, ó transitoria. De igual modo que hay individuos que nacen con tendencias morbosas á la locura ó al suicidio—y si viven en condiciones sociales favorables, pueden morir sin volverse locos ó suicidas,—y del propio modo que los hay que se vuelven locos ó suicidas á causa de una enfermedad ó de una ofuscación repentina, los hay igualmente que nacen con tendencias morbosas al homicidio, al robo, al estupro, al incendio,—y si viven en condiciones sociales favorables pueden morir sin que maten ni estupran á nadie—y los hay igualmente que se vuelven asesinos, ó estupran, ó incendian, ó roban en un transporte de pasión

repentina ó por una degeneración adquirida del sentido social (el sentido de lo lícito y de lo ilícito).

No es delincuente quien quiere serlo. Caserio, por ejemplo, si fué un homicida por fanatismo político, en cartas escritas dos años antes del homicidio confesó que si bien en teoría consideraba que la propiedad privada es ilegítima, á pesar de los sufrimientos del hambre sintió una repugnancia invencible á robar y no robó. Del mismo modo hay individuos que, bajo los tormentos de la miseria, se suicidan ó sufren hambre antes que echarse á salteador de caminos, precisamente porque no es delincuente quien quiere. Ser delincuente es una enfermedad, grave ó ligera, congénita ó adquirida, como la locura, el cretinismo, la tuberculosis, la epilepsia, etc.

No quiere decir esto que á los asesinos y á los estupradores y á los incendiarios se les tenga que dejar andar sueltos para que hagan lo que quieran. No; del mismo modo que se encierra á los locos y á los coléricos, se deben segregar durante mucho ó poco tiempo, según la gravedad de la enfermedad, á los delincuentes. Segregarlos, pero tratarles al propio tiempo como enfermos que son y no como *bestias feroces*, y transformar las cárceles celulares—forma hipócrita y estúpida de venganza social—en colonias agrícolas donde los delincuentes puedan estar segregados, como se hace con los locos, en condiciones de vida soportable é higiénica.

De este modo la justicia penal se purificará de aquel espíritu de odio y de venganza social que la envilece, por tradición hereditaria de los tiempos más bárbaros.

Y cuando la justicia penal no afecte ya el espíritu de «venganza pública» contra los delincuentes comunes, mayormente lo perderá hacia los delincuentes políticos. Las verdades científicas tienen por efecto hacer progresar la verdadera

cultura y elevar el nivel de la moralidad humana social é individual.

Procuren, pues, los socialistas acostumbrarse á considerar el doloroso fenómeno de la delincuencia, no como un efecto de la perversidad individual, sino como un efecto de una enfermedad personal heredada al nacer y producida ú ocasionada por las malas condiciones sociales (miseria material, intelectual y moral).

El odio y la venganza son sentimientos antisociales y absurdos aunque se

profesen contra el más feroz de los asesinos, y tienen que desaparecer de la conciencia de los hombres y de las leyes de la sociedad.

El socialismo—que resume la renovación de la conciencia humana, según los datos de las ciencias positivas,—realizará en la tierra esta verdad: que los delincuentes no han de ser perseguidos ni torturados, sino impedirles sean nocivos á sus semejantes, curándoles, como se cura á los demás enfermos.

Università Popolare, Mantova.

Donato Luben

El egoísmo

El egoísmo, antítesis del amor, es el espíritu maléfico que mueve y domina el mundo. Entre los hombres toda acción individual ó social está inspirada en las bastardías egoístas del interés.

El tanto por ciento, con su fría glacialidad calculadora; el alevoso *tanto por ciento*, supremo promotor de toda *razón de justicia al uso mesocrático*, triunfa, rige y gobierna las sociedades, imponiéndose avasallante y sacrificando á los pueblos en aras de su omnipotencia, hasta el día inviolada.

En la tremenda lucha por la *conquista del pan cotidiano*, amilánase la sensibilidad humana de los luchadores, y el hombre, dejando de serlo, sólo piensa en sacrificar vorazmente á cuantos contrincantes halla en su camino dispuestos á disputarle la *mejor ración*, de todos codiciada con empeño.

El egoísmo, el brutal egoísmo, agresivo y aleve; el bárbaro egoísmo humanicida corrompedor de las conciencias, es el *sentimiento* predominante en las relaciones humanas.

Mercenarios del interés, esclavos de la ambición suicida, los hombres, todos los hombres, sólo pensamos en devorar-

nos mutuamente, con horribles voracidades de antropófagos feroces, para nutrirnos con los despojos y miserias de los vencidos.

La lucha por la existencia, convierte al hombre en algo monstruoso y antinatural; en lobo ferocísimo, dispuesto á devorar cruelmente á los lobos de su propia camada...

Todos somos, en mayor ó menor grado, egoístas; no realizamos acto alguno que no esté inspirado por el egoísmo más ó menos encubiertamente. Amamos por el egoísmo, trabajamos por egoísmo y hasta odiamos egoísticamente.

El egoísmo más refinado informa todas las manifestaciones de nuestra vida de relación. Pregúntese, sino, cada cual por qué obra cual obra, y díganos después, sinceramente, con sinceridad franca, si en todos los actos de su vida no se encuentra como principal móvil el egoísmo, más ó menos disfrazado.

Los grandes heroísmos legendarios; el noble desinterés de los filántropos; la abnegación sublime de los mártires; en una palabra, todas aquellas acciones humanas que á primera vista parecen más interesadas y puras, todas, todas se ins-

piran en las bastardas pequeñeces del egoísmo.

No puede acontecer de otro modo. Vivimos bajo la brutal influencia de un medio social egoísta y farisiaco que todo lo inficiona y corrompe todo; y, claro está, el egoísmo hace presa en nosotros.

Mientras la sociedad se inspire en las máximas capitalísticas del *tanto por ciento*, y el hombre explote al hombre y vivamos todos siendo explotadores ó sirviendo de *carne de explotación*; mientras el obrero trabaje por dinero; mientras el ingeniero venda sus servicios por dinero; mientras el médico propine por dinero; en una palabra, mientras sea el *dinero* quien nos mueva á obrar, á pensar y á sentir, mientras tal acontezca, el ingeniero, el médico y el menestral, el artista y el labrador, todos, en fin, no representaremos ni seremos otra cosa que simples mercenarios aherrajados al yugo envilecedor del capital. Y sabido es que, el *mercenario*, *eunuco moral*, está, fatal é indeclinablemente, condenado á ser un egoísta bajo, soez, indigno, traicionero...

Aquí, bajo este régimen antisocial de esclavitudes y miserias, bajo el régimen del salario, todos somos mercenarios del capital, todos nos vendemos, para servir vilmente sometidos, á ese *poderosísimo caballero denominado don dinero*...

El obrero vende sus brazos; el científico vende su ciencia; el sabio pone á sueldo su sabiduría y el artista prosti-

tuye el arte, como la meretriz impúdica prostituye su cuerpo. Todos, todos esclavos del capital; todos servidores mercenarios de la riqueza, y, como tales, todos también *egoístas*, ya que todos aspiramos á ricos, á potentados ó á magnates...

¡Oh, el egoísmo! El egoísmo nos degrada, nos aniquila y embrutece. Endurece nuestros corazones y obnubila nuestra cerebralidad.

Cegados por el egoísmo, por el *más poseer* y por el *más dominar*, andamos los humanos en perpetuas querellas virulentas, viviendo fuera de la realidad, exterminándonos mutuamente y sembrando de ruínas y de desolaciones un mundo fecundísimo, en el que por doquiera sonríe la vida, expansionándose en alegres exuberancias.

¡Es nuestro brazo el llamado á favorecer y fomentar las maravillas de la vida, y el egoísmo nos convierte en suicidas vesánicos!...

No hay, pues, que darle vueltas á la cuestión. Mientras el hombre obre impulsado por el vil interés individual; mientras no haya en él otro móvil que el de promover su bienestar á expensas de la miseria y de la ruína de sus semejantes, cual sucede á la hora que corre, el progreso moral del hombre será *una mentira*, como son actualmente una gran mentira, una *tremenda mentira insigne*, su civilización democrática, su piedad cristiana y su tan decantado *amor fraternal*...

J. Novicow

Paralelismo entre la guerra y el asesinato

Indignanse los militaristas cuando oyen decir que la guerra es un homicidio colectivo.

Dicen que hay una diferencia radical entre el asesino y el soldado; que el asesino procura preservar su vida mientras

trata de arrebatarse la de otro, que ataca por detrás, de improviso, en el momento que menos lo espera su víctima y que luego huye como un cobarde. En cambio, el soldado, expone lealmente su pecho, en pleno día, abiertamente, y que corre

tantos riesgos como causa al contrario. La partida es igual para los dos beligerantes, un duelo en el campo del honor.

Todas estas afirmaciones no resisten ni por un solo momento la crítica de los hechos positivos.

El famoso: «Tiren ustedes primero, señores ingleses», es una fanfarronada de gentilhombre que queda como un caso único en la historia y por su rareza se ha hecho célebre. No hay lealtad alguna en la guerra tan pronto como se hace seriamente. Al contrario, todo está permitido, y las pocas limitaciones que se ha querido aportar en ella poquísima suerte han tenido. En la guerra se emplean exactamente las mismas maniobras que en el asesinato. Los militares dicen que combaten lealmente y *en plena luz*. Ciertamente, pero es que no pueden hacer otra cosa, ya que es imposible ocultar 300 ó 400,000 hombres. Forzosamente tienen que dejarse ver, dar la cara; pero tan pronto como pueden ocultarse no desperdician la ocasión. Según la táctica moderna, los soldados combaten, casi siempre, detrás de espaldones, por lo tanto ocultos, exponiendo lo menos posible sus pechos. El mayor mérito de un general consiste, precisamente, en *sorprender* al enemigo, es decir, en atacarlo *en el momento* en que menos éste lo espera, y por el *lado* que menos esperaba. Cuando un general puede atacar *por retaguardia* al enemigo, es decir, *por la espalda*, se le considera como un hábil estratégico. Las sorpresas, las emboscadas, los ataques de noche, los amagos de ataque, las astucias de toda clase, que se consideran infamantes en el asesinato individual, se tienen en la guerra por perfectamente legítimas y los capitanes más gloriosos son los que las emplean con mayor éxito. También es un mérito para un general huir el cuerpo después de haber dado un golpe atrevido. Un general que no

pusiera sus tropas á cubierto, por espíritu caballeresco, pasaría por imbécil ó por traidor y pronto iría á parar ante un consejo de guerra.

Está, pues, visto que hay un paralelismo completo entre la conducta de los asesinos y la de los ejércitos. No quisiéramos ofender los sentimientos de nadie al decir esto, pero la verdad es que si este paralelismo existe, la culpa es de los hechos y no nuestra. Los militaristas más convencidos no podrán negar que los hechos de guerra de que hemos hablado se realizan en todas las campañas.

Añadamos aún que, además de las maniobras desleales durante las batallas, la guerra provoca otras maniobras desleales también en otros campos de actividad, como el espionaje, la corrupción de los estados-mayores, las noticias falsas, hasta la falsificación de moneda (1). Cuando se piensa en todas estas bajezas, uno se pregunta cómo es posible haya aún hombres que osen afirmar que la guerra moraliza.

Pero, agregan los militaristas, el soldado y el oficial no obedecen á su propio impulso. Se les ordenó marchar, y marchan obedeciendo. Su acto es altamente moral, porque implica el sacrificio de la vida para obedecer al imperativo del deber.

Digamos, por de pronto, que no siempre es verdad que los oficiales y los soldados no obedecen á su propio impulso. Los mercenarios se alistán voluntariamente para obtener un sueldo determinado ó un botín prometido (2). Verdad que en los ejércitos nacionales el soldado queda fuera de la cuestión, que su desinterés es absoluto y su honradez incontestable. Pero no así cuando se trata de

(1) Napoleón I, durante la campaña de 1812, inundó Rusia de papel-moreda falso.

(2) El raciocinio del mercenario es este: «Voy á matar y á herir á mis semejantes para obtener dinero.» Es, en suma, el oficio del *bravo* italiano, del asesino á sueldo, pero en una escala más vasta para hacer olvidar la similitud y el horror del acto.

jefes y oficiales. Los mariscales de Napoleón sabían perfectamente donde les conducía éste. Sabían perfectamente que iban á saquear Europa. Se asociaban á la suerte de Bonaparte porque en ello encontraban un interés personal. Y la prueba está en que lo abandonaron sin titubear en 1814, tan pronto como vieron su causa perdida y calcularon que abandonándole conservarían su personal si-

tuación. Los mariscales de Napoleón hacían el mismo raciocinio que él: «Vamos á matar algunas centenas de millares de hombres para obtener puestos envidiados en la cumbre de la jerarquía social, buenos sueldos y magníficos tratamientos.» Este modo de pensar, estas resoluciones son, sin disputa, crímenes, y poco adecuados para elevar la moral de los que los cometen.

La Fédération de l'Europe. pág. 223 á 226; Felix Alcan, editor, París

Sobre el Sentimiento

J. Comas Costa

Á T. A.

De entre el infinito y variado número de tiranías que oprimen al ser humano privando su natural evolución, ninguna hay tan aborrecible como la del sentimiento en el depravado concepto en que casi unánimemente se le tiene. Pero aun lo peor de todo es ese inconsciente y hastioso empeño en querer enaltecerle y ponerle en primer término de la vida de todo sér cuando en realidad tras él únicamente se amagan un cúmulo de atavismos, monstruoso resultado de religiones creídas muertas y una denigrante perversión de nuestros instintos todos.

Y sin embargo, desde el ignorado número de la muchedumbre hasta el literato, el poeta, el dramaturgo, etc., todos cantan las excelencias del sentimiento, todos creen en su sublimidad.

¿Y queréis saber lo que sienten? Interrogadles; examinad su conciencia preguntándoles que es lo que *por si mismos* han aportado á las intimidades del espíritu para desterrar la podredumbre de un ambiente petrificado por prejuicios de centenares de años y os convenceréis de que no sienten *nada* y que su *yo* solamente muévase al macábrico son del atavismo.

¡Sentimiento, sentimiento! Palabra hueca, detrás la cual va escondida nues-

tra falta de heroísmo para la Vida y nuestra innoble decadencia...

Sthendal tenía razón al tacharle como á enemigo principal de las sociedades nuevas. El sentimiento, tal como actualmente obra en nuestros espíritus, dista mucho de responder á los elevados fines del hombre en la Naturaleza. Su evolución háse retrasado de una manera bien manifiesta, pues nuestra cultura intelectual ha estado bien lejos de imprimir en él su sello de renovación constante con el ardimiento necesario para establecer un satisfactorio equilibrio entre los dos.



Una de las influencias más remarcables en el dominio del sentimiento por atavismo es la del Cristianismo.

El Cristianismo es la religión que más tiránicamente ha imprimido en el corazón del hombre tendencias funestas de renunciamento á las acciones de la Vida.

Y esta tiranía la vemos manifestarse en todas partes, hasta en el más pequeño é incidental detalle de nuestra vida.

Debido en gran parte á ella, el Arte, lejos de nacer espontáneamente de las fuentes mismas de las ciencias filosóficas y evolucionar junto á ellas se repliega

aún friamente en la penumbra de concepciones de Amor, Bondad y Belleza, nacidas de las entrañas mismas de nuestros pasados prejuicios. Poetas, sobre todo, con verdadero conocimiento de la Vida, es difícilísimo hallarlos; quien más quien menos, todos sienten friamente, con la frialdad de su estéril idealismo.

Y ahora, mirando á la muchedumbre, que es quien está más falta de todo ejercicio de vida superior, y, por lo tanto, conservadora por excelencia, vemos que absolutamente todos sus sentimientos guardan rígidamente la impresión deprimente de la moral de todas las religiones transcurridas.

Los conceptos del Bien y el Mal, poderosos influyentes en la afinidad de los sentimientos, tienen aún para nosotros el valor anémico mismo que los concebidos por la moral cristiana. Inconscientemente, los principios de ésta son admitidos como *buenos* para nuestra existencia, por amoldarse perfectamente en todo con nuestra construcción sentimental, y cuando un espíritu fuerte y nuevo se rebela sencillamente contra tanta podredumbre, el sentimiento, cerrado, á pesar nuestro, á toda innovación, reprueba y clasifica como á *malos* los nuevos principios establecidos.

Así á Nietzsche, el más mortal enemigo del Cristianismo, se le ha tachado muchas veces de «cruel» al proponerse dignificar al hombre poniéndole duramente por encima de toda exigencia de afectismo estéril; y, en cambio, se ha querido presentar como á *modelo* de amor, de hombre verdadero, á San Francisco de Asís, degenerado por una concepción del Amor, hija solamente del imperativo de la religión que le inducía á amarle *todo* con una matemática igualdad de intensidad.

¿Y no podría suceder muy bien que la «crueldad» de Nietzsche, fuese sencillamente una revelación misteriosa de

nuestro estado de decadencia? ¿Quién sabe si Nietzsche, el tantas veces apodado loco, resultará ser, después de todo, mucho más cuerdo que nosotros?

Todos sabemos bien lo refractarias que han sido al «sentimiento viejo» las obras teatrales de Ibsen, ese nuevo reivindicador de la vida humana.

Para que en el teatro triunfase su drama *Casade muñeca*, ha sido necesario un transcurso de muchos años, durante los cuales hánse fomentado un poco las ideas nuevas. Los intelectuales (?) y el público de todas partes habíanse horrorizado siempre ante el espectáculo, tan bien justificado en la obra, de abandonar una madre á sus hijos y á su esposo.

¿Y cree alguien que este drama ha triunfado aún *del todo*? La mayoría de los convencidos (?) de hoy apartaríanse absolutamente del camino trazado por Ibsen, al encontrarse frente á frente de un conflicto semejante...



Resumen: el Sentimiento, de la manera *enferma* como obra actualmente en cada uno de nosotros, es una de las mayores tiranías y quizás la causa más notable de nuestros males; es una tiranía odiosa, fruto atávico de prejuicios por los cuales forzosamente han debido pasar las generaciones en su ascensión constante por el camino de la Evolución.

La vida humana, en constante tensión siempre, cual férrea cuerda, ha de vibrar solamente bajo el eterno impulso de su individualidad consciente; ¿y quién sino una cultura sensitiva brotada espontáneamente del seno mismo de la verdad de la Naturaleza y en actividad constante es la única encargada de ennoblecer y conducir el sentimiento?

Hallar el significado de la Vida; he aquí el Problema, problema de los problemas, árduo y heroico y del que depende totalmente el Sentimiento.



Socialismo y Anarquía

(Continuación.)

En el estudio de la sociedad humana y en las concepciones ideales que pueden hacerse de una nueva sociedad tienen que considerarse dos puntos:

1.º Las relaciones morales, ó jurídicas si así quieren llamarse, entre los hombres; es decir, el objeto que se atribuye á la convivencia social.

2.º La forma en la cual se encarnan estas relaciones; es decir, el modo de organizarse para asegurar la observancia social de los derechos y deberes respectivos, el método con el cual se tiende á la realización del objeto propuesto á la sociedad.

Desde el primer punto de vista, se puede concebir la sociedad humana de tres maneras fundamentales: Ó como una masa de hombres que nacen y viven para servir á uno ó á pocos individuos privilegiados, por derecho de conquista, disfrazado con el pretendido derecho divino; es este el régimen *aristocrático* que, en esencia, ha desaparecido en los países más avanzados y que va poco á poco desapareciendo en el resto del mundo. Ó como la convivencia de individuos originaria y teóricamente iguales, que luchan uno en contra otro, cada uno para acaparar la mayor cantidad de riqueza y de poder posible, explotando el trabajo de los demás y sometiéndolos á su dominio; y este es el *individualismo* que domina en el mundo burgués hoy, el cual produce todos los males sociales de que nos lamentamos. Ó como un lazo de solidaridad entre todos los hombres, cooperando cada uno con los demás para el mayor bien de todos, como un bien para asegurar á todos el máximo desarrollo, la máxima libertad, el máximo bienestar posible; y este es el *socialismo*, que es el ideal por el

cual luchan hoy todos los amigos sinceros é ilustrados del género humano.

Desde el segundo punto de vista, existen aún tres modos principales de organización social, tres métodos, tres constituciones políticas. Primero, el dominio exclusivo de uno ó unos pocos (*monarquía absoluta, cesarismo, dictadura*), los cuales imponen á los demás la propia voluntad, ya en interés propio ó de su casta, ya con la intención, que puede ser sincera, de hacer el bien de todos. Segundo, la llamada soberanía popular, esto es, la ley hecha en nombre del pueblo por los que el pueblo ha elegido. Dicha ley representa, teóricamente, la voluntad de la mayoría; pero, en la práctica, es el resultado de una serie de transacciones y de ficciones, por las cuales resulta falseada toda genuina expresión de la voluntad popular. Y esto es la *democracia, la república, el parlamentarismo*. Tercero, la organización directa, libre, consciente de la vida social, hecha, y cambiada cuando ocurra, por todos los interesados, cada uno en la esfera de sus intereses, sin delegaciones ficticias, sin lazos inútiles, sin imposiciones arbitrarias; y esto es la *anarquía*.

Los varios conceptos sobre la esencia y objeto de la sociedad humana se juntan diversamente, tanto en la historia como en los programas de los partidos, con las diferentes formas de organización. Así puede haber una sociedad aristocrática con un régimen monárquico, republicano y aun anarquista. La sociedad burguesa, ó individualista, existe igualmente en la monarquía que en la república y muchos de sus partidarios son hasta anarquistas, puesto que desean que no haya gobierno ó que exista la menor cantidad posible. Así, respecto al

socialismo, algunos quisieran realizarlo por medio de la dictadura, otros por el medio parlamentario y otros por medio de la anarquía.

Pero, á pesar de los errores de los hombres y de la acción y reacción que los factores históricos pueden determinar, y de hecho han determinado los más inverosímiles maridajes entre constituciones sociales y formas políticas de carácter disparatado, lo cierto es que los fines y los medios están ligados entre sí por relaciones íntimas, las cuales hacen que cada fin tenga un medio que le conviene más que los otros, como todo medio tiende á realizar el fin que le es natural, aun, sin y contra la voluntad de los que lo emplean.

La monarquía es la forma política que mejor se aviene á hacer respetar los privilegios de una casta cerrada; es por esto que toda aristocracia, cualquiera que sea la condición en que se ha formado, tiende á establecer un régimen monárquico, franco ó encubierto; como toda monarquía tiende á crear y hacer estable é omnipotente á una clase aristocrática. El sistema parlamentario, esto es, la república, (ya que la monarquía constitucional, en realidad, no es más que una forma intermediaria, en la cual la acción del parlamento está todavía obstaculizada por la supervivencia monárquica y aristocrática) es el sistema político que mejor responde á la sociedad burguesa; y toda república tiende á la constitución de una clase burguesa, como, por otra parte, la burguesía, en el fondo de su ánimo, sino en apariencia, es siempre republicana.

Pero, ¿cuál es la forma política que más se adapta á la realización del principio de solidaridad en las relaciones humanas? ¿Cuál es el método que más seguramente puede conducirnos al triunfo completo del socialismo?

Ciertamente que á esta pregunta no puede dársele una respuesta absoluta-

mente segura, puesto que, tratándose de cosas no realizadas aún, á las deducciones lógicas les falta la comprobación de la experiencia. Es, por tanto, necesario contentarse con las soluciones que parecen tener en su favor la mayor suma de probabilidades. Pero queda cierta duda, que resta siempre en el espíritu cuando se trata de previsiones históricas, y que, por otra parte, viene á ser como una puerta que se deja abierta en el cerebro para que entren nuevas verdades, por lo que debe disponerse de gran tolerancia y de la más cordial simpatía hacia todos los que buscan por otras vías alcanzar el mismo fin, sin que deba esto paralizar nuestra acción ni impedir que escojamos nuestra vía para caminar resueltamente por ella.

El carácter esencial del socialismo es el de aplicarse igualmente á todos los miembros de la sociedad, á los seres humanos todos. Por eso ninguno debe poder explotar el trabajo de otros, mediante la acaparamiento de los medios de producir, y ninguno debe poder imponer á los demás la propia voluntad, mediante la fuerza brutal, ó, lo que es lo mismo, mediante el acaparamiento del poder político: la explotación económica y la dominación política son dos aspectos de un mismo hecho, la sujeción del hombre por el hombre, resolviéndose siempre la una con la otra.

Por tanto, para alcanzar y consolidar el socialismo, necesitase un medio que, al mismo tiempo que no pueda ser un manantial de explotación y dominación, conduzca á una organización tal que se adapte lo más posible á los intereses y á las preferencias varias y mudables de los diversos individuos y grupos humanos. Este medio no puede ser la *dictadura* (*monarquía, cesarismo, etc.*) puesto que esa substituye á la voluntad y á la inteligencia de todos por la voluntad y la inteligencia de uno ó de pocos; tiende á imponer á todos una regla única, á

pesar de las diferencias de condiciones; crea la necesidad de una fuerza armada para constreñir á los recalcitrantes á la obediencia; hace surgir intereses antagónicos entre la masa y los que están más cerca del poder, y acaba, ó con la rebelión triunfante ó con la consolidación de una clase gobernante, que luego, naturalmente, se convierte en clase propietaria. Y tampoco parece un buen medio el *parlamentarismo* (*democracia, república*), puesto que también es substituye la voluntad de pocos á la de todos, y si, por un lado, deja alguna más libertad que la dictadura, por otro crea más ilusiones, y en nombre de un interés colectivo ficticio, holla todos los intereses reales y contradice, á través de la maraña de las elecciones y de las votaciones, la voluntad de cada uno y la de todos.

Queda la organización libre, de abajo á arriba, de lo simple á lo complejo, mediante el pacto libre y la federación de las asociaciones de producción y de consumo; esto es, la *anarquía*. Y este el método que preferimos nosotros.

Para nosotros, pues, *socialismo* y *anarquía* no son términos antagónicos, ni equivalentes; sino términos estrechamente ligados uno con otro, como lo es el fin á su medio necesario, como lo es la substancia á la forma en que se encarna.

El socialismo sin la anarquía, esto es, el socialismo gubernamental, lo creemos imposible, puesto que sería destruído por el mismo órgano destinado á mantenerlo.

La anarquía sin el socialismo nos parece igualmente imposible, puesto que, en tal caso, esa no podría ser más que el dominio de los más fuertes, y, por tanto, pronto comenzaría la organización y la consolidación de este dominio; esto es, la constitución del gobierno.

Hay tanta gente hoy diversa que se llama anarquista, y con el nombre de

anarquía se exponen tantas ideas disparatadas y contradictorias, que verdaderamente no tenemos razón de maravillarnos cuando el público, que es nuevo á nuestras ideas y no puede al primer golpe de vista distinguir las grandes diferencias que se ocultan bajo el velo de una palabra común, se haga el sordo á nuestra propaganda y nos mire con recelo.

Naturalmente nosotros no podemos impedir á los demás que adopten el nombre que quieran; ni el abandonar nosotros el nombre de anarquistas serviría para otra cosa más que para aumentar la confusión, ya que el público creería simplemente que habíamos cambiado de bandera.

Lo más que podemos, y debemos hacer, es distinguirnos claramente de todos los que de la anarquía tienen un concepto distinto al nuestro, ó que del mismo concepto teórico deducen consecuencias prácticas contrarias á las deducidas por nosotros. Y la distinción debe resultar de la exposición clara de nuestras ideas, y del continuo repetir franca y altamente nuestra opinión sobre todos los hechos que estén en contradicción con nuestras ideas y con nuestra moral, sin ningún miramiento personal ni de partido. Ya que la pretendida solidaridad de partido, entre gente que no pertenecía ni podía pertenecer al mismo partido, ha sido precisamente una de las primordiales causas de la confusión. Y se ha llegado á un punto tal que muchos ensalzan en los «compañeros» las acciones que vituperarían en los burgueses; y parece que el único criterio que tienen del bien y del mal sea este: si el autor del acto que se juzga toma ó deja de tomar el nombre de anarquista.

Muchos son los errores que han llevado á ponerse en completa contradicción con los principios que teóricamente profesan á unos, y á los otros el soportar esta contradicción; como muchas son las

causas que han traído en medio de nosotros á gente que en el fondo riense del socialismo y de la anarquía y de todo lo que está por encima de los intereses de su persona.

Yo no puedo emprender un examen metódico y completo de estos errores; sólo señalaré algunos de esos tal como me vengan á la mente.

Ante todo hablemos de moral.

(Continuará.)

Tomás Carlyle

Las dos sectas

En la transformación moderna de las religiones se han elevado dos sectas principales. La primera es la de los Andrajosos.

En su constitución parece que hay algo de monástico, pues los hallamos unidos por los dos votos monásticos de la pobreza y de la obediencia, votos que observan con gran rigor, sobre todo el primero, según cuentan; por lo que he podido comprender, están á ellos consagrados, con ó sin solemne ordenación, irrevocablemente consagrados, aun desde antes de su nacimiento. Que el tercer voto monástico, el de la castidad, sea entre ellos una obligación rígida, es cosa que yo no puedo conjeturarlo.

Por lo demás, parece que imitan á la otra secta (la de los Dandys) en su gran principio de llevar un vestido especial.

Este consiste en innumerables faldones, trozos de paño irregulares y de todos colores, á través de cuyo laberinto introducen sus cuerpos por un procedimiento que nos es desconocido. El todo está atado por una múltiple combinación de botones, hilos y alambres á los cuales se añade á veces un cinturón de cuero, una cuerda de cáñamo ó hasta de paja en torno de los riñones. Á decir verdad, parece que tienen una predilección por la paja, y se sirven de ella para fabricarse una especie de sandalias.

Se podría tomarles por adoradores de Hertha, la Tierra; pues la hurgan continuamente y la trabajan con mucha

asiduidad; á veces se encierran en oratorios particulares y allí meditan ó manipulan las substancias que han extraído de sus entrañas; levantan raras veces la cabeza para contemplar las luminarias celestes y cuando la levantan lo hacen con una indiferencia relativa. Como los druidas, viven en habitaciones sombrías, á menudo rompen expreso los vidrios de sus ventanas, cuando las tienen, y las cubren con piezas de paño y de otras substancias opacas hasta obtener una conveniente obscuridad.

Respecto la alimentación, tienen también sus observaciones. Todos estos pobres esclavos son rizógafos (comedores de raíces); algunos son ictiófagos, y engullen arenques salados; se abstienen de todo otro alimento animal, fuera de los animales muertos de muerte natural, lo cual indica en ellos un sentimiento brahmínico extrañamente pervertido. Su medio universal de subsistencia es la raíz llamada patata, que cuecen al fuego... En todas sus solemnidades religiosas, es indispensable, según parece, el flúido llamado whisky, del cual hacen un gran consumo.

La segunda secta es la de los Dandys.

Se observa en ella un cierto matiz de maniqueísmo, pero no bajo su forma gnóstica; asimismo (pues el error humano da vueltas dentro un círculo y reaparece á intervalos) tienen una gran semejanza con la superstición de los monjes del monte Athos, que, absteniéndose de

todo alimento y en fuerza de mirarse atentamente el ombligo, acababan por discernir el verdadero Apocalipsis de la Naturaleza y el Cielo revelado. Según mis propias conjeturas, la secta de los Dandys no es más que una modificación, apropiada á nuestro tiempo, de la superstición primitiva llamada *el culto de sí mismo*.

Afectan una grande pureza y el separatismo, distinguiéndose por un vestido particular, y, tanto como les es posible, por una lengua particular, teniendo por principal objetivo conservar una verdadera actitud nazarena, preservándose de las bajezas del mundo.

Poseen sus templos, siendo el principal, como sucedía con los hebreos, el que se encuentra en su metrópoli y se llama los *Salones de Almack* (1), nombre cuya etimología es incierta. Durante la noche hacen sus adoraciones; tienen sus grandes sacerdotes y sacerdotisas, y sus ritos, que algunos suponen se parecen á los de Menades, ó acaso á los de Eleusis ó de los Cabires, los mantienen estrictamente secretos. La secta no carece de libros sagrados, que llaman *Novelas á la moda*, de todos modos, el Canon no está concluido y algunos de estos libros son canónicos y otros no.

Profesan los siguientes artículos de fe:

1.º Los vestidos no han de tener nada que sea triangular; al mismo tiempo deben evitarse cuidadosamente las arrugas.

2.º El cuello es un punto muy importante, bajo por detrás y ligeramente curvado.

(1) En los salones de Almack, en Londres, se dan grandes bailes frecuentados por la alta aristocracia.

3.º Ninguna moda puede autorizar á un hombre de gusto la adopción del lujo adicional posterior de los Hotentotes.

4.º La salvación está en la cola de bacalao.

5.º El buen sentido de un gentleman se revela en sus sortijas.

6.º Está permitido á la humanidad, bajo ciertas restricciones, el uso de los chalecos blancos.

7.º Los pantalones deben dibujar bien la forma de las caderas.

Son proposiciones éstas que, por el momento, me contento con desaprobear modestamente, pero perentoria é irrevocablemente.

Estas dos sectas vienen á ser como dos máquinas eléctricas inmensas y verdaderamente sin modelo (puestas en movimiento por el gran volante social), con baterías de calidad opuesta; la de los Andrajosos representa la negativa y la del Dandysmo la positiva. Una atrae hacia sí y absorbe hora por hora la electricidad positiva de la nación, es decir, el dinero; la otra se ocupa igualmente en atraerse la negativa, ó sea, el hambre, tan poderosa como la otra. Hasta el presente no han producido más que chispas pequeñas y fugaces, pero esperad un poco, hasta que la nación esté en estado eléctrico, es decir, hasta que toda la electricidad vital, no neutra como al estado sano, esté distribuida en dos porciones iguales, la una negativa, la otra positiva (á saber, el hambre y el dinero), y encerradas en dos botellas de Leyde grandes como el mundo. Entonces, á la menor presión del dedo de un niño se pondrán en contacto, y...

Recibido: Editor «Temps Nouveaux» de París; *Livre d'or des officiers français de 1789 á 1815*, por H. Chapoutot, prólogo de Grave.—De la biblioteca de «El Productor» de Barcelona: *La educación libertaria*, por Domela Nieuwenhuis, trad. de J. Prat, y *Cuestiones sociales*, por Donato Luben.—¿Por qué somos anarquistas?, por Saverio Merlino, traducción portuguesa (San Paulo, Brasil).

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA